



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad
Azcapotzalco
México

Pérez Zavala, Carlos

Ayotzinapa: el invierno de nuestras desventuras. Reflexiones sobre la naturaleza del mal en tierras
mexicanas

El Cotidiano, núm. 189, enero-febrero, 2015, pp. 73-82

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32533819010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ayotzinapa: el invierno de nuestras desventuras.

Reflexiones sobre la naturaleza del mal en tierras mexicanas

Carlos Pérez Zavala*

Sin lugar a dudas, podemos decir que este país está inmerso en una crisis de dimensiones insospechadas dados los acontecimientos vividos en los últimos meses relacionados con la desaparición y asesinato de jóvenes estudiantes mexicanos de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos”, con sede en Ayotzinapa, Guerrero. En este espacio se pretende una lectura de la coyuntura que nos permita ir un poco más allá de la contundencia de este momento, del intenso dolor que provoca y de la rabia que produce. La primera premisa sería decir que estamos viviendo en el reino del mal.

No terminamos de reponernos de las ejecuciones extrajudiciales en Tlatlaya, Estado de México, en donde se llevó a cabo el genocidio de otros jóvenes por parte del ejército mexicano, cuando la sociedad de nuestro país y la opinión pública se enfrentan a otra tragedia que nos coloca definitivamente ante una catástrofe. El asesinato de los jóvenes mexicanos por parte de las fuerzas armadas del Estado coludidos con grupos del crimen organizado no sólo es un acto deleznable, vil y abyecto, sino la corroboración de que en México el Estado es el principal protagonista de los actos criminales.

Un crimen de Estado o un Estado criminal. ¿Cómo explicar el hecho de que la policía municipal de Iguala, Guerrero, haya disparado contra estudiantes desarmados, indefensos y luego los haya entregado a los sicarios del grupo Guerreros Unidos para encargarles su desaparición?

Estamos presenciando el desfondamiento de todas las instituciones del Estado, incluidos los partidos políticos. Hoy, México es escenario propicio para que cualquier cosa suceda. Este país no podrá ser el mismo después de estos lamentables acontecimientos. Ya sabíamos que hay más de 25 mil desaparecidos, más de cien mil asesinados y un inconmensurable número de víctimas que no son sólo datos estadísticos o números: son seres humanos reales que han sufrido

agravios por parte de los llamados grupos criminales y por parte de las fuerzas supuestamente encargadas de su seguridad (policías, fuerzas armadas, gobernantes, alcaldes). Son miles y miles de historias que todos los días nos muestran el rostro de un país que se nos deshace entre las manos. Sin embargo, el asesinato y pulverización de los restos de los jóvenes de Ayotzinapa ha provocado una respuesta ciudadana que empieza a perder el miedo, y los jóvenes salen a la calle para decir “¡Ya basta!”. ¿Cómo analizar las consecuencias de esta catástrofe? ¿Qué decir sobre los efectos en las conciencias de millones de mexicanos que ya no creen en sus autoridades y representantes políticos?

En este espacio se pretende una lectura de la coyuntura que nos permi-

* Profesor-Investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

ta ir un poco más allá de la contundencia de este momento, del intenso dolor que provoca y de la rabia que produce. La primera premisa sería decir que estamos viviendo en el reino del mal. Por ello, en este texto se reflexionará sobre el mal tomando en cuenta los avatares de estos asuntos desde la mirada de algunos de los actores emergentes, testigos, víctimas y sujetos políticos que tratan de articular una lectura de la gravedad del momento que vivimos. La intención consiste en emprender una aproximación al estudio de los graves problemas que caracterizan nuestro presente, tan convulsionado y confuso, desde una perspectiva que nos permita tomar una cierta distancia, un recorte que nos permita transitar hacia un primer planteamiento y enfoque de lo que queremos traer a la discusión en este breve espacio.

Una vez hecha la primera aclaración acerca de la necesidad de tomar una colocación frente a los altos niveles de violencia e inseguridad que hemos vivido en nuestro país en las últimas décadas, creo que en última instancia el sentido de estas reflexiones es promover una reflexión colectiva que nos ayude a encontrar algunas salidas a este laberinto de infortunios. No es suficiente depositar en ciertos actores, situaciones y poderes, el origen de los males que padecemos y que irremediablemente nos acompañan en estos tiempos; hay que pensar en la necesidad de incorporar una lectura sobre la responsabilidad social que a cada uno de nosotros nos corresponde ante estos escenarios ominosos.

Aunque no es la primera vez que reconocemos que estamos en medio de una catástrofe social, política y económica, en esta ocasión el escenario es más desafortunado y confuso. La masacre de los estudiantes de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” de Ayotzinapa ha desbordado cualquier expectativa de seguir pensando que vivimos en un Estado de Derecho. Este acontecimiento rebasa nuestra capacidad de nombrar el horror. Lo impensable se nos aparece como una contundente realidad que no podemos elaborar; y sin embargo nos coloca como víctimas propiciatorias de un aparato que administra el terror como forma de gobierno. Los actos abyectos que llevan a cabo las propias autoridades, los supuestos servidores públicos, desbordan cualquier signo de inteligibilidad. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo pudo haber pasado esto? ¿Por qué matarlos de esa manera? ¿Por qué a ellos? son algunas de las preguntas que lanzamos al vacío porque sabemos que no tienen respuesta más allá de nombrarlas como signos del horror.

Estamos en una era de oscuridad que conjuga múltiples variables. No sólo observamos con preocupación que, a partir de las políticas económicas y la falta de un proyecto de nación proveniente de los gobernantes, estamos en medio del grave peligro de convertirnos en un apéndice de intereses transnacionales y voracidades neoliberales —situación que tendrá como resultado que dejemos de ser una nación independiente—, sino que al mismo tiempo estamos padeciendo los efectos de varios lustros de un clima de violencia e inseguridad que nos coloca en un proceso de descomposición, de anomia y desfondamiento de valores humanos y destrucción de los vínculos que sustentan a las instituciones de la sociedad.

En una encuesta encargada por el recién creado Instituto Nacional Electoral, se entrevistaron a 11 mil ciudadanos en diez estados del país y los resultados son elocuentes: tres cuartas partes de los entrevistados aseguran que no confían en las instituciones ni en los partidos políticos: prácticamente no confían en nadie; además, 66% sostiene que las leyes se respetan poco o nada¹.

Sin embargo, el indicador inmediato para proponer la premisa de la descomposición social y moral de la sociedad mexicana es que asistimos a un escenario en el que está en juego la vida misma. La muerte, la violencia, la impunidad, la corrupción y otros jinetes del Apocalipsis circundan nuestro presente y amenazan por igual a todos los ciudadanos de este atribulado país. El desamparo de millones de mexicanos se expresa sobre todo en las condiciones de vulnerabilidad, que acentúan el grave peligro y el clima de inseguridad provocado por la violencia que acompaña este inicio de siglo en México. Sobra decir que esta situación puede tener consecuencias nefastas y puede desencadenar niveles de terror nunca antes vistos. De hecho, ya estamos en medio de la gran tormenta, la tormenta perfecta en donde no parece haber salidas ni se prefiguran soluciones, al menos en el corto plazo.

En este clima —podemos decir que estamos en medio del reino del mal—, ya no es suficiente hacer denuncias y exigir respuestas a las autoridades responsables sobre lo que nos sucede: hay que conducir la reflexión a un plano filosófico y pensar acerca de nuestra condición de rehenes de una situación que nos rebasa y que difícilmente comprendemos en todas sus dimensiones.

¹ *La Jornada*, 17 de junio de 2014.

Por lo demás, todos los días se acumulan —una tras otra— lamentables noticias sobre el costo social y humano que este clima de violencia ha desencadenado; pero al parecer todavía no nos percatamos de la gravedad de nuestra situación, a pesar de que existen múltiples estudios, reportajes, artículos periodísticos, videos, grabaciones y testimonios de víctimas que inundan las páginas de las publicaciones y diarios que dan cuenta de las cifras de nuestra tragedia (denuncias y partes de guerra que desbordan las perspectivas más pesimistas).

Una apreciación generalizada es que el mal está circundando en todas las áreas de la vida, del trabajo, de las relaciones sociales, de las instituciones que —se supone— son las encargadas de combatirlo, y eso nos lleva a preguntarnos: ¿cómo empezó todo esto? ¿A quién señalar como responsable de esta situación? Sin embargo, no basta con señalar a los autores materiales: también hay que incluir en la larga lista a los autores intelectuales y morales de esta catástrofe. Es decir, pensemos en todos los involucrados que, de una manera u otra, han participado en propiciar esta pesadilla.

Desde una lectura menos coyuntural, podemos decir que los males de origen radican en el propio sistema político y en el proyecto económico vigente. Si bien tendríamos que remontarnos varias décadas atrás para entender cómo se ha ido fraguando la descomposición del aparato político y de los sistemas de gobierno en nuestro país, tal vez sería conveniente recordar que la mayoría de los problemas que hoy nos aquejan se gestó a fines de la década de 1980.

El resultado de varias décadas en que hemos atestiguado la descomposición de los valores sociales lo tenemos a la vista. Es un escenario en donde las autoridades, las instituciones, los medios de comunicación, los cárteles del narcotráfico y los delincuentes han propiciado un “hoyo negro” en el tema del respeto a los derechos humanos, y con ello han contribuido a acrecentar el ascenso de la impunidad, la corrupción y todo lo que esto conlleva. Son ellos, en primera instancia, los responsables de que estemos viviendo en esta deplorable situación.

Como ha sucedido en otras experiencias históricas, el primer peldaño que marca esta ruta de la infamia es impedir a los ciudadanos el derecho a tener derechos. Esta acción se lleva a cabo bajo la simulación de que vivimos en un sistema democrático en donde, supuestamente, se toman en cuenta los derechos de todos. Tal vez tendríamos

que reconocer que estamos padeciendo un sistema totalitario a la mexicana, que se expresa en la combinación de varios actores que ejercen su poder sobre los ciudadanos de diversas maneras: desde la abierta represión a las expresiones de descontento, malestar o resistencia, hasta las desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales, asesinato de sectores críticos o potencialmente incómodos para el poder, así como la invasión de los espacios de la subjetividad social en donde se nos quiere hacer creer que estamos viviendo el mejor de los mundos posibles. En este último aspecto, los medios de comunicación tienen un papel central, ya que cotidianamente se encargan de instalar un simulacro de realidad en donde se nos hace creer que eso que está pasando no está pasando, y eso que estamos sintiendo no lo estamos sintiendo. Es una disociación que promueve una especie de psicosis inducida y administrada diariamente para controlar las conciencias y la producción de una realidad ilusoria que pretende suplantar a la verdadera realidad.

El origen y la naturaleza del mal

Antes de iniciar una propuesta de discusión sobre los orígenes y la naturaleza del mal, creo que es oportuno recordar que estamos ante una tarea sumamente compleja que consiste en indagar el mal, entendiendo que estamos hablando de un proceso continuo y sin final. Esta cualidad lo hace, al mismo tiempo, un asunto inabarcable y tal vez incomprensible. En todo caso, podemos decir que las reflexiones sobre la naturaleza humana desde siempre serán inacabadas.

Al mismo tiempo, según lo señalan tanto Arendt (2007: 51) como Berstein (2006: 333), no es posible pensar en construir una teoría del mal y mucho menos asumir que es algo que puede ser acotado a una definición completa. Si bien algunos de los autores que hemos consultado para elaborar este trabajo reportan sucesos calamitosos que desbordan cualquier posibilidad de comprensión acerca de la naturaleza del mal, es importante pensar junto con ellos en las consecuencias de los acontecimientos que les tocó vivir y que les provocaron profundas reflexiones que han marcado nuestras consideraciones sobre los límites de la naturaleza humana. Masacres, genocidios, totalitarismos, sujeción y dominio de poblaciones enteras, además de expresiones de maldad y crueldad insospechadas, han estado presentes desde épocas remotas.

Sin embargo, podríamos decir que el siglo XX es un punto de partida inevitable para pensar, desde nuestro tiempo, los nuevos rostros del mal y de sus múltiples expresiones presentes en los Estados modernos. Las conflagraciones mundiales, particularmente la generación de una maquinaria de exterminio y de fabricación de cadáveres que tuvo lugar en la Alemania nazi, son hechos históricos inevitables para pensar en el rostro del mal en nuestros días. Si agregamos a esta lista los acontecimientos trágicos que sucedieron en Ruanda, en Camboya, en Bosnia contamos con otros referentes para reconfigurar nuestras aseveraciones sobre la naturaleza del mal.

En el análisis que nos propone Bernstein existen claves que nos permiten dibujar un proceso histórico en donde los autores elegidos para llevar a cabo una indagación filosófica sobre el mal hacen intentos por explorar y reflexionar sobre el sentido, o sinsentido, de la presencia del mal en la historia de la humanidad. Sabedores, en última instancia, de que “el mal es un exceso que se resiste a la comprensión total” (Bernstein 2006: 336), hicieron importantes aportes para pensar acerca de la trascendencia del mal.

Kant inauguró esta corriente y abrió varias preguntas que aún nos seguimos haciendo en nuestros días: el origen del mal, ¿radica en nuestras propias inclinaciones, en nuestra voluntad personal, o es el producto de las influencias sociales y reglas culturales que nos llevan a asumir este tipo de acciones? ¿Es el hombre el que se aferra a buenas o malas máximas que condicionan su comportamiento? ¿Es la voluntad humana víctima de la corrupción que condiciona que surjan este tipo de conductas?

Haciendo una síntesis muy apretada, podemos decir que lo que Kant entendía por “mal radical” no era un mal de tipo extremo sino una predisposición que lleva a la corrupción de la voluntad. En pocas palabras, no se refería a los excesos, a la exacerbación de la maldad en su máxima expresión. Lo que sucede en la era moderna —sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo pasado— nos ha hecho pensar en lo impensable y en la descomunal expresión del mal, tal y como sucedió en los campos de concentración alemanes. Hannah Arendt (2007: 214) retoma el término “mal radical” a partir de que hizo un balance sobre los saldos de esta debacle, y desde ahí postula una nueva lectura de lo que es el mal radical. En última instancia, el mal radical para esta autora se puede definir escuetamente como la acción de hacer superfluos a los seres humanos en tanto seres humanos. Richard Bernstein (2007: 341) lo plantea de la siguiente manera:

Esto queda claro durante su análisis de la lógica de dominación total, donde distingue tres etapas analíticas: la matanza de la persona jurídica, la de la persona moral, y por último, el intento de eliminar todo rastro de espontaneidad, impredecibilidad, pluralidad e individualidad humanas: la tortura, la humillación, las masacres, los pogromos, las orgías sádicas e incluso el genocidio tienen una larga historia. Arendt señala algo sin precedentes: el intento sistemático de transformar a los seres humanos de modo que ya no exhiban las características peculiares de la vida humana.

Esta autora también propone que a la existencia de un mal radical debe yuxtaponerse la idea de un mal banal. Es decir, hombres comunes y corrientes pueden ser capaces de cometer atrocidades y masacres sin considerar las consecuencias de sus actos a partir de que carecen de pensamiento crítico y no asumen la responsabilidad de sus actos. En la mayoría de los casos, estos agentes materiales del mal justifican sus actos por la motivación de desempeñar eficazmente sus tareas para poder ascender en la escala social, para cumplir con mandatos exteriores a ellos y todo ello con una ausencia de juicio y valoración sobre sus actos.

Esta afirmación surge de la reflexión que Arendt (2012) emprende a partir de tratar de entender el comportamiento de Adolf Eichmann, quien a pesar de que era uno de los responsables del exterminio cotidiano de miles de presos en los campos de concentración, no mostraba ninguna afección ni culpa durante el juicio al que fue sometido en Israel. Ese comportamiento tan “normal” y sin afecciones notorias que mostró en ese proceso en el que fue condenado a muerte, alertó una reflexión en la autora que le hizo pensar en la idea de la “banalidad del mal”. Este concepto generó una polémica que todavía permanece activa, a pesar de que ella trató de explicar que no estaba justificado o minimizando la responsabilidad de este asesino, sino que era necesario distinguir entre las motivaciones del Tercer Reich y de su séquito de generales que daban las órdenes y que sí estaban concientes del sentido de sus actos, y las motivaciones de los burócratas del exterminio que carecían de un pensamiento crítico y tal vez de intenciones malignas en estricto sentido.

Esta reflexión sobre la banalidad del mal cobra una gran significación para nuestro contexto y momento histórico, ya que nos permite pensar que en muchas ocasiones los

dirigentes políticos, líderes de las burocracias y personajes ligados al poder en los Estados modernos llevan a cabo actos de una enorme maldad aunque aparecen, o tratan de aparecer, como hombres respetables. Bernstein (2007: 343) lo ilustra con estas palabras:

En nuestro pensamiento moral ordinario, así como en la tradición filosófica, ha habido siempre una arraigada creencia de que aquellos que cometen malas acciones deben tener malos motivos. Esa es la creencia que Arendt critica. Individuos que no son ni monstruos, ni pervertidos ni sádicos, ni fanáticos, individuos movidos por poco más que una ambición, el deseo de complacer a sus jefes y ascender en sus carreras, pueden —en circunstancias totalitarias— cometer los hechos más horrendos... Lo aterrador de las condiciones burocráticas de la modernidad es que éstas incrementan el potencial de este tipo de mal. Y así como Arendt afirma que el mal radical sigue siendo una posibilidad activa aún después de la desaparición de los regímenes totalitarios, lo mismo vale para la banalidad del mal.

Por otra parte, hay que señalar que existen muchas coincidencias respecto a que el mal se resiste a todo intento de justificarlo. Es decir, no hay teodicea que alcance para darle sentido a la crueldad y la maldad, por más que algunos señalan que hay que transitar por estas etapas de oscuridad para poder llegar a una etapa de resolución en donde se puedan curar las heridas. Nada justifica la acción de provocar el sufrimiento humano deliberadamente, aún cuando los motivos aducidos para ello linden con supuestos valores superiores.

Es decir, después de que hemos visto los excesos de las experiencias traumáticas que los hombres han sido capaces de producir contra sus semejantes, tenemos que reconocer la imposibilidad de plantear una teodicea ante el sentido devastador de la naturaleza del mal. Es impensable imaginar un final feliz. Es irresponsable creer que se pueden justificar actos del mal que nos desbordan desde cualquier punto de vista. En este sentido, tanto Nietzsche como Freud señalaron que el verdadero fin de una teodicea (cualquiera que ésta sea) es encontrar una justificación para el sufrimiento intolerable. En respuesta a la posición de Hegel, quien todavía postulaba la posibilidad de una teodicea en el proceso dialéctico que va de la finitud al infinito verdadero, pasando por lo infinito espurio y que

en otras palabras se refería a que el mal es un momento necesario de la realización de espíritu, Nietzsche desnudó el sentido de lo que todavía podría ser un intento hegeliano tardío de justificar la teodicea. Es él quien nos proporciona, junto con Freud, una propuesta alternativa para pensar el origen del mal. Una vez más acudimos a Bernstein (2007: 340), quien señala:

La crítica nietzscheana de la moral se basa en definitiva en lo que él consideraba la destructividad maligna del resentimiento, algo —según él— subyacente en nuestra moral contemporánea. En su explicación de cómo se origina el resentimiento hasta que llega a supurar, nos advierte sobre el lado oscuro y los peligros de la modernidad. Pero Nietzsche también abrigaba la esperanza de la posibilidad de superar esa moral del resentimiento, de imaginar una nueva transmutación de valores.

Por otro lado, Freud cuestionaba ese tipo de interpretación dialéctica de la renuncia instintual, así como la internalización que da lugar a la conciencia. Para Freud, el malestar en la cultura se relaciona con la permanencia de la ambivalencia como un rasgo inexorable de la vida psíquica de los hombres.

A partir de su teoría de los instintos, nos advierte que en los hombres existen poderosas propensiones malignas, y por ello no podemos creer que se puede dominar o controlar nuestra instintual capacidad destructiva. Es decir, no podemos pensar que se puede erradicar el mal. Como lo resume Bernstein (2007: 233):

Desde su perspectiva (psicoanalítica) no hay diferencias fundamentales en los así llamados hombres primitivos y los hombres civilizados contemporáneos. Más aún, creer que podemos superar o alterar esa ambivalencia es una ilusión. Las vicisitudes de nuestra dinámica psíquica (incluyendo la represión, la culpa y la conciencia) acontecen dentro de un rango muy limitado. La ética de la honestidad exige que aprendamos a vivir con eso.

Desde estos dos grandes autores (Nietzsche y Freud) se ha construido una psicología moral del mal que seguimos discutiendo en nuestros días.

En este sentido, hay que desdoblar el mito de origen y asumir que es la voluntad de los hombres libres lo que los hace abrazar máximas buenas o máximas malas. En

estricto sentido, el bien y el mal nacen de la misma matriz. Si vamos a exorcizar el mal, también tenemos que hacer lo mismo con el bien, y entonces sólo nos queda el libre albedrío. La opción de la libertad de una persona que elige uno u otro y con ello los sustenta en acciones más que en ideologías que siembran una propuesta de una moral en ciernes (Safranski, 1997).

Pero a lo largo de la historia, observamos que la naturaleza del mal se ha convertido en una entidad que se quiere expulsar de su centro de gravedad. Se pretende ubicarlo como algo fuera del hombre, y por lo tanto hay que darle una representación, un cuerpo, una intención, y con ello señalarlo como algo que nos acecha en cada esquina, lo que nos tienta a cometer pecados, lo que nos hace dudar de la existencia de dios, etcétera. Siempre que pensamos en la figura del mal o de lo malo nos vienen a la mente imágenes de personajes siniestros, diabólicos, monstruosos, asesinos que por lo general tienen rasgos físicos atemorizantes y gestos que nos provocan temor o incluso pánico (Sichère 1997: 168).

Históricamente podríamos hacer una lista interminable de personas y personajes que han sido considerados figuras emblemáticas de la presencia del mal. Tiranos, dictadores, reyes, príncipes, sultanes, presidentes, gobernadores, políticos que en su paso por la historia dejaron la marca de un comportamiento que nos hace recordarlos como contraejemplos de las bondades de la naturaleza humana. Todos estos personajes que han protagonizado acciones que los caracterizan como seres malignos, ¿son producto de universos culturales que propiciaron su aparición? ¿Son seres que deliberadamente llevaron al extremo (algunas veces esto representó el exterminio de miles o incluso millones de seres humanos) sus intenciones de realizar acciones malignas y con ello generaron imaginarios sociales que los hicieron personificar el mal?

La propuesta ideológica o filosófica desde diversas religiones ha alimentado la necesidad de la existencia de estas figuras de lo maligno, y por ello sobreviven como símbolos, como imaginarios sociales que acompañan a la humanidad desde tiempos remotos. Tal vez por esto desde el principio los seres humanos han tenido que materializar el mal en la figura de alguien, una botarga que aglutine las peores características de lo humano, algo así como una imagen propiciatoria que por méritos propios nos permita adjudicarle las peores acciones e intenciones y con ello quedar librados de ser parte de una red de malos pensamientos,

malas acciones y complicidades en las cuales no queremos aparecer y ante las cuales expresamos nuestro malestar y nuestra denuncia, y por ello señalamos que el mal está allá afuera. El mal debe ser localizado afuera de nosotros, en los otros, en los posibles sujetos que nos invitan a colocarles el estigma de ser los monstruos, los que asesinan y causan todos nuestros males. Cuando logramos colocar estos atributos en los otros, entonces sentimos que nos hemos librado del mal y experimentamos una cierta tranquilidad, una paz momentánea que actúa como un bálsamo para nuestras propias sospechas de que algo tenemos que ver en esta historia.

Pero en honor a la verdad y los imperativos categóricos de nuestra conciencia moral, el mal no nos es ajeno. Convive con nosotros y tal vez dentro de nosotros como un invitado incómodo desde siempre. ¿Cómo hacemos para desmarcarnos de nuestras intenciones o acciones que pueden ser vistas como negativas para nosotros y para los demás? En este sentido, como diría Sócrates: “Preferimos identificarnos con las víctimas antes de hacerlo con los verdugos” (Arendt 2007: 101).

Lo que salta a la vista siempre que pensamos en esta figura del mal es el personaje violento, cruel, despiadado, que disfruta hacer actos malignos contra quien sea. En el acto lleva la intención de provocar la destrucción de quien se interponga en su camino. Por lo general pensamos en personajes que ansían todo el poder posible, riquezas desmedidas y además producir miedo en los que puedan poner en juego su poder. Hay muchos ejemplos de estos sujetos no sólo en la vida real, sino también en la literatura clásica. Macbeth, Ricardo III, Iago, etcétera.

Banalidad del mal en tierras mexicanas

Hay otra categoría de estos seres malignos que si bien pueden ser igualmente destructivos de miles o millones de vidas humanas, no se ven a sí mismos como malos. Hannah Arendt (2012) nos dibujó el retrato de estos seres que carecen de una conciencia moral. No se hacen responsables de sus actos, olvidan fácilmente las consecuencias de los mismos y en algunos casos piensan que hicieron lo correcto. Tal vez en nuestros tiempos el mal más peligroso y perjudicial está corporizado en este tipo de personajes que no sólo no se ven a sí mismos como portadores de malas intenciones, sino que quieren aparecer como figu-

ras respetables que buscan el bienestar general, aunque si vemos las consecuencias de sus actos son los autores de muchos de los males que padecemos en nuestros días. Pensemos en los políticos, empresarios y grupos de poder que conducen las riendas de nuestro país, pensemos en los agravios que les podemos adjudicar en términos de generar pobreza, inseguridad, impunidad y corrupción y otras consecuencias que son enmascaradas como acciones legítimas y legales.

Por ello, es importante que nos coloquemos en estos escenarios de la producción de males sociales como parte del problema. ¿Somos en parte responsables de que estos actores sociales lleven a cabo sus acciones bajo el supuesto de que estamos de acuerdo? ¿Hemos votado por ellos en un supuesto proceso democrático y con ello los hemos autorizado en hablar y hacer en nuestro nombre?

Así, la noción de responsabilidad social cobra una mayor relevancia en nuestros días, a partir de que ya no sólo estamos hablando de que el mal está localizado en algunos malos, seres viles que hay que condenar como los únicos responsables de nuestras desventuras. Todos somos parte de un juego perverso en el que, de una manera u otra, por acción u omisión, somos también responsables del desfondamiento de los valores y de la debacle de la moral.

¿Cuáles son los umbrales de las acciones que se pueden calificar como malignas? Se trata de considerar que si bien la mayoría de nosotros no hemos atentado ni quitado la vida de nadie, seguramente hemos caído en cuenta de que hemos tenido intenciones de hacerlo, o en el mejor de los casos, hemos deseado que cosas malas les sucedan a nuestros enemigos, pero lo más grave es lo que no se ve, en lo que no reparamos. Günther Anders (2004) hablaba también del efecto supraliminal de algunas acciones que tienen resultados desastrosos para muchas vidas humanas, pero por el hecho de que son tan grandes las consecuencias, no podemos o no queremos verlas. El ejemplo de los pilotos estadounidenses que dejaron caer las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaky, el ingeniero que decide poner menos varillas en las columnas de su edificio y en algún momento éste se derrumba, el carnicero que sabe que su producto está descompuesto y aún así lo pone en venta, etcétera.

¿Todos estos ejemplos nos pueden hablar de acciones plenas de maldad? Así, el asunto de calificar las consecuencias de los actos adquiere un peso importante si se representan en los sujetos como actos que tienen conse-

cuencias por lo que toca a su capacidad de darse cuenta de los significados de estos actos. ¿Se asumen como personas portadoras de una cierta moral que regula sus actos?

Desde luego que las normas de convivencia intervienen como freno a muchos de los impulsos que nos llevarían casi naturalmente a realizar acciones sancionadas por la ley o consideradas indeseables. La existencia de un árbitro, que en muchas ocasiones ocupa el Estado como garante de la paz social, es sin duda una de las razones que hacen posible una cierta paz social. Pero como este actor no siempre cuenta con legitimidad ante sus sometidos y regulados, entonces el margen de acción para cometer actos de corrupción y delitos se amplía, sin que sean vistos como actos negativos. Lo más grave ocurre en realidad a partir de que los actores políticos construyen, explícita o implícitamente, una pedagogía de permisividad de acciones delictivas en sus representados o gobernados, ya que son ellos los primeros en romper las reglas.

Cuando el mal aparece como una acción regulada por los usos y costumbres, deja de ser visto como tal y entonces surge un escenario propicio para la devastación de los valores y normas sociales. Esto se podría nombrar como la banalización de la injusticia social (Dejours, 2013).

Llegado a este punto, considero oportuno hacer una recapitulación de lo anteriormente expuesto: el mal radical se vive como una desproporcionada acción que compromete no sólo a los valores fundamentales de la vida misma, de los derechos humanos elementales, sino que pone en riesgo el equilibrio de una sociedad que tiene que responder ante la presencia de este tipo de acciones.

La moral es un péndulo: aparece como un vaivén entre el bien y el mal. La moral es un disfraz, un ropaje que puede asumir diversas fisonomías. Se reconocen o se niegan los efectos de nuestras acciones que comprometen a otros de una manera inmediata y definitiva, y al mismo tiempo se intenta desaparecer las consecuencias para la conciencia moral. Hay una enorme relatividad en muchas de las acciones humanas, según sea quien las califica, y así pueden considerarse parte de uno de los dos polos.

La naturaleza humana ha sido puesta en el microscopio por muchos años, pero lo que se puede decir a manera de actualización de los rasgos de nuestra sociedad y cultura es que ahora contamos con una mayor visibilidad de nuestra propia responsabilidad. En suma, se puede observar que no hay un acuerdo acerca de lo que debe ser condenado como un acto malvado en forma genérica.

Por otro lado, si asumimos que todos somos en parte culpables, por acción u omisión, de conductas perversas e infames, también se podría decir que nadie es culpable, y esto nos lleva a un laberinto de incertidumbres que no nos quita la idea de que al final del día sí hay seres ominosos, perversos, autores intelectuales y materiales de actos criminales.

Esta reflexión no pretende oscurecer los graves problemas que estamos viviendo en nuestro país a raíz del despliegue incontrolable de altos niveles de violencia, corrupción e impunidad. Estamos en medio de una catástrofe que día a día nos rebasa y nos coloca en una situación de indefensión sin precedentes.

¿Qué podemos esperar de una reflexión filosófica sobre la naturaleza del mal? Tal vez esta tarea no nos permita acercarnos a buscar salidas de esta tragedia que estamos viviendo, y tal vez tampoco nos ayude a tomar una cierta distancia que nos haga ver que no basta con denunciar y señalar a los responsables de esta situación. Ya se ha hecho de manera recurrente y no vemos que los cientos, tal vez miles de artículos, ensayos y reflexiones que denuncian la violencia exponencial hayan logrado disminuir este fenómeno.

Para algunos el origen es la pobreza, para otros la impunidad, o tal vez es el poder corruptor del dinero lo que explica este teatro de la crueldad sin freno. No sabemos si podemos señalar que las causas de este deterioro de la vida social se relacionan con una o varias de las variables señaladas. Tal vez habrá que sumar todas las posibles causas y decir que actúan simultáneamente para producir esta pesadilla que nos habita desde hace varios años (Saviano, 2013), (Buscaglia, 2014), (Hernández, 2010).

Lo cierto es que la naturaleza del mal, la violencia, la crueldad y la descomposición y fragmentación de todos los valores que suponíamos regulaban la paz social están a su máxima expresión, y tal parece que la sociedad civil se encuentra todavía en un estado de parálisis, de estupefacción, de miedo que le impide emprender alguna acción para combatir este problema.

El ejemplo del surgimiento de los grupos de autodefensa en Michoacán, que han tomado las armas desde hace más de un año para defenderse de los Caballeros Templarios, o los grupos de la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias del estado de Guerrero, que llevan más de cuatro lustros enfrentando el crimen organizado y la delincuencia en varias comunidades, son ejemplos que nos dicen que algo puede hacer la sociedad civil para enfrentar

estos problemas. Ante la incapacidad de las autoridades militares, policíacas y de seguridad de nuestro país para enfrentar el problema, las comunidades han tomado la solución en sus manos y han logrado mejores resultados en muy poco tiempo.

Tal vez por ello el gobierno actual trata de desaparecer, estigmatizar y criminalizar a estos grupos de ciudadanos indignados por la irresponsabilidad de las autoridades, que toleran e incluso protegen a los delincuentes en lugar de combatirlos.

La manera en que humillaron y torturaron al doctor José Mireles por haberse atrevido a retar a esta administración es emblemática, y nos muestra claramente cómo reaccionan los poderosos cuando ven amenazadas sus posiciones. Hacen uso de sus instrumentos y declaran que lo hacen en apego irrestricto a la ley. El caso de Michoacán puede ser visto como emblemático para poder entender cómo se ha extendido, a lo largo y lo ancho del territorio nacional, esta inmensa ola de violencia que nos coloca tristemente como uno de los países más peligrosos.

La emergencia del crimen organizado en los últimos tres lustros no surge por generación espontánea. De hecho, hay que reconocer que las estructuras del poder político en México ya estaban infiltradas por la delincuencia organizada desde la década de 1980. Se hablaba poco del narcotráfico y de la participación de los políticos en las redes de corrupción que existían y operaban con una cierta comodidad. Había acuerdos entre los poderes formales y fácticos para no rebasar ciertos niveles de violencia, y al mismo tiempo se contaba con una cierta invisibilidad de las acciones de los cárteles mexicanos en el negocio de transportar la droga sudamericana al territorio de Estados Unidos. Sin embargo, los acuerdos se fracturaron y los cárteles se dividieron y empezaron una sangrienta disputa por espacios de poder a lo largo y ancho del país.

A partir de esta fractura se dispararon los niveles de violencia y de corrupción. Sobre este nuevo escenario en el que los llamados poderes fácticos —léase los cárteles de la droga— se han apropiado del país, se ha publicado un buen número de libros, artículos y reportes periodísticos que dan cuenta de la estructura de organización de los grupos delincuenciales que han tomado prácticamente todo el territorio nacional. Lo que no vemos son estudios que hablen acerca de las motivaciones de estos grupos, más allá de hablar de apetitos de poder y dinero. Debe haber algo más que decir acerca de sus anhelos de figurar como los que mandan. Sin moral, sin alma, sin principios que res-

petar, actúan siempre hacia adelante, sin miramientos, sin control, y parece que su voracidad no tiene límite. Tal vez en sus orígenes como grupos delincuenciales sí seguían ciertas reglas fijadas por ellos mismos, una serie de reglas que impedían que se hicieran daño entre ellos. Pero cuando explotan todos los acuerdos, en la ley de la selva, han hecho de nuestro país un páramo en donde no hay ley, no hay justicia, y si hubiera que ir más allá, han prohiado un escenario inhabitable.

La pregunta inevitable es: los asesinos de nuestro tiempo —sobre todo los capos, sicarios, policías, soldados, etcétera—, ¿son personas que carecen de la capacidad de pensar sobre las consecuencias de sus actos, o pueden verse a sí mismos como monstruos, seres malvados con intenciones y motivaciones malignas y que asumen las consecuencias de sus acciones desde una condición de malvados?

Si bien estoy conciente de la dificultad de plantear un problema de esta envergadura, no pude resistir la tentación de tratar de decir algo, sobre todo después de leer a Anabel Hernández, José Reveles, Edgardo Buscaglia y Roberto Saviano, autores que han escrito textos muy esclarecedores para entender el surgimiento y la consolidación de los altos niveles de violencia y crueldad que hemos padecido en nuestro país, sobre todo a partir del inicio del siglo XXI. Estas lecturas nos dejan devastados y sin saber qué hacer.

Quedan muchas preguntas por hacer, y más allá de que en algún momento logremos abatir esta terrible situación de violencia que hoy padecemos sirios y troyanos, habrá que pensar qué tanto hemos permitido que esto suceda. No estamos hablando de la corresponsabilidad de las autoridades, ya que sabemos que con sus acciones y omisiones han propiciado este clima de violencia, hablamos de lo que nosotros hemos permitido y de la responsabilidad que nos corresponde asumir en tanto pautas de comportamiento y representación, que de alguna manera hacen posibles las acciones u omisiones que reproducen lo indeseable. Empecemos por cuestionar los propios imaginarios sociales que pueblan nuestra cotidianeidad, y que están marcados por lo que hemos sido capaces de tolerar a lo largo de décadas en las que se han perpetuado gobiernos ineficaces, corrompidos, surgidos de acciones fraudulentas. ¿En dónde tendríamos que colocarnos para asumir nuestra propia responsabilidad?

Una vez más, el asunto de la moral y de la responsabilidad colectiva nos remite al escrutinio de la conciencia, a un análisis crítico de nuestra propia conciencia que nos

faculta para tener la valentía de asumir las consecuencias de nuestros actos. Una persona puede cometer delitos, agravios, incluso asesinatos sin que nadie se entere de ello, y por eso no sufrirá ninguna consecuencia. Sin embargo, siempre estará presente en su conciencia el hecho en cuestión, y por ello es la conciencia el mejor o el peor juez de uno mismo.

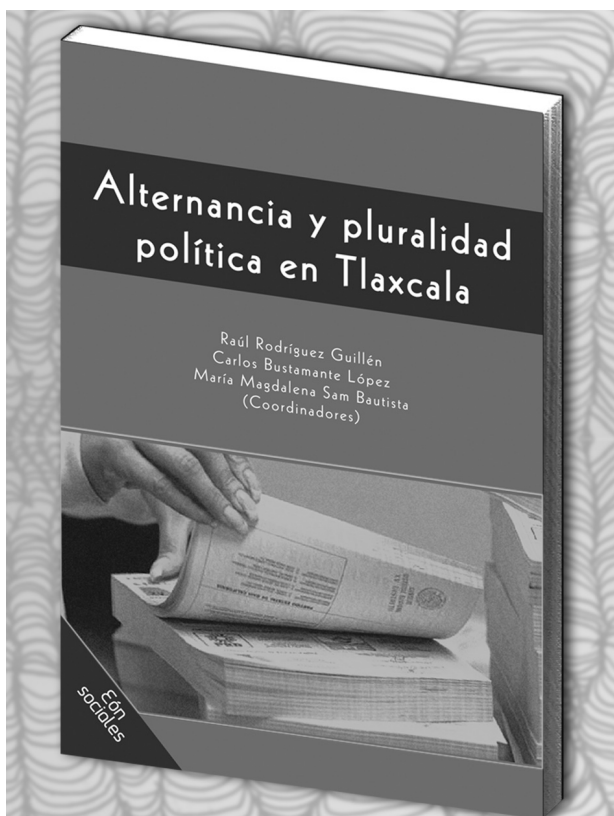
Claro que, como en el caso de Eichman y de tantos otros, la persona que infringe las leyes morales puede hacer mutis de sus actos y pretender olvidar que los ha cometido. En estos casos estamos ante un fenómeno que nos muestra que hay una ausencia de lo que llamamos *persona*. Es una especie de fenómeno que Arendt describió como banalidad del mal, y que a pesar de las graves consecuencias de los actos contra miles o millones de seres humanos, los sujetos que las llevan a cabo o que las ordenan no asumen las consecuencias de sus actos porque son incapaces de pensar por sí mismos.

Cuando un gobierno o un poder despoja de todos los derechos a las poblaciones que quiere desaparecer (incluyendo, por supuesto, el derecho a tener derechos) lo que genera es un fenómeno de invisibilidad que posibilita que los verdugos y perpetradores de los hechos no reflexionen sobre su responsabilidad, sino que ubiquen sus actos en un orden supraliminal que les permite no ver las consecuencias.

Desde otro ángulo, uno se puede preguntar si todos estos agentes del mal —sean dictadores, gobernantes, policías, soldados, etcétera— pueden ser vistos como la expresión de lo que algunos han dado en llamar *los nuevos bárbaros* (Baroccio 2013). ¿Qué les puedes pedir a estos sujetos que no tienen alma?, ¿consciencia de sus actos?, ¿arrepentimiento, culpa?

Mientras aquí intentamos hacer una reflexión filosófica sobre el mal para poder tomar distancia de la tragedia que estamos viviendo, siguen ocurriendo los asesinatos, los secuestros, los asaltos y todos los actos de la vida cotidiana mexicana, que parece acostumbrarse a los altos niveles de violencia.

El hecho de intentar reflexionar sobre esta era de oscuridad y sus consecuencias para la sociedad mexicana definitivamente no evitará que sigamos teniendo miedo y viviendo todos los días en medio de la ley de la selva. Sin embargo, el hecho de tomar distancia y de revisar nuestro grado de responsabilidad colectiva nos puede abrir ventanas en donde podamos ver la luz al final del túnel.



Es el momento de iniciar acciones que nos permitan recuperar nuestra familia, nuestros grupos vecinales, barrios, comunidades y ciudades, y al hacerlo estaremos construyendo poco a poco nuestro propio país. En este proceso de autodefensa de nuestra cultura y de nuestras instituciones estaremos generando nuevas formas de asociación que nos permitan responder colectivamente a los escenarios ominosos que hoy nos circundan y agobian. Si el mal está en todas partes, hagamos espacio para la esperanza y para la libertad desde una nueva moral social que ponga en el centro el derecho a tener derechos.

Hoy, los jóvenes mexicanos, estudiantes, activistas, ambientalistas y defensores de los derechos de poblaciones vulnerables han tomado la bandera de las protestas sociales, y en sus actos, marchas y manifestaciones nos muestran la senda de una salida a esta pesadilla que nos acompaña desde hace varias décadas. La indignación, rabia, coraje y malestar que ha provocado en la sociedad mexicana el genocidio de los jóvenes estudiantes de Ayotzinapa ha sido, sin lugar a duda, la gota que derrama el vaso, un parteaguas que augura nuevos escenarios en donde seguiremos insistiendo en que otro mundo es posible, otro México es posible.

Bibliografía

- Anders, Günther (2004). "Tesis sobre la Era Atómica". *Revista Artefacto. Pensamiento sobre técnica*. Buenos Aires.
- Arendt, Hannah (1990). *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa.
- Arendt, Hannah (2005). *La condición humana*. Madrid: Paidós.
- Arendt, Hannah (2007). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah (2012). *Eichmann y el Holocausto*. México: Taurus.
- Baudrillard, Jean (1991). *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama.
- Bernstein, Richard (2004). *El mal radical*. Buenos Aires: Lilmond.
- Buscaglia, Edgardo (2013). *Vacíos de poder en México*. México: Random House Mondadori.
- Dejours, Christoph (2013). *La canalización de la injusticia social*. Buenos Aires: Topía.
- Freud, Sigmund (2006). *El malestar en la cultura*. México: Alianza Editorial.
- Hernández, Anabel (2010). *Los señores del narco*. México: Grijalbo.
- Hernández, Anabel (2012). *México en llamas. El legado de Calderón*. México: Grijalbo.
- Kant, Emmanuel (1986). *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza.
- Meyer, Lorenzo (2013). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México*. México: Random House Mondadori.
- Nietzsche, Friedrich (1972). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Reveles, José (2010). *El cártel incómodo. El fin de los Beltrán Leyva y la hegemonía del Chapo Guzmán*. México: Grijalbo.
- Rodríguez Castañeda, Rafael (2011). *Los rostros del narco*. México: Planeta.
- Safranski, Rüdiger (1997). *El mal o el drama de la libertad*. México: Tusquets.
- Saviano, Roberto (2014). *CeroCeroCero. Cómo la cocaína gobierna al mundo*. Barcelona: Anagrama.
- Sichère, Bernard (1997). *Historias del mal*. Barcelona: Gedisa.
- Wolfe, Alan (2011). *La maldad política. Qué es y cómo combatirla*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.